

CAPITULO VIII.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Determina Cortés arrasar la ciudad.—Mujeres castellanas.—Principio de la destrucción.—La población y las mujeres tenochca.—Anécdotas.—Celada.—Coanacochtzin hecho prisionero.—Hambre.—Destrucción del palacio de Cuauhtemoc.—Toma del teocalli de Tlatelolco.—Combates y toma del mercado.—Proposiciones de paz.—Estado de los sitiados.—El trabuco.—Nuevas y repetidas proposiciones de paz rechazadas por los méxica.—Conjurios.—El Quetzaltecoltl.—Torbellino de fuego que predijo la destrucción de los méxica.—Asalto.—Ultimo combate.—Prision de Cuauhtemoc.

III calli 1521. "Yo, viendo como estos de la ciudad estaban tan rebeldes, y con la mayor muestra y determinacion de morir que nunca generacion tuvo, no sabía que medio tener con ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y trabajos, y á ellos y á su ciudad no los acabar de destruir, porque era la cosa más hermosa del mundo." (1) En esta incertidumbre D. Her-

(1) Cartas de Relac. pág. 278.

nando puso todos los medios para atraer de paz á Cuauhtemoc, ya por medio de lisonjeras promesas, ya infundiéndole temor; mas siendo todo ello infructuoso, y mirando que habian trascurrido más de cuarenta y cinco dias en el cerco sin obtener grandes ventajas, resolvió de aquí en adelante derrocar completamente las casas que se fuesen ganando, de manera que no se diese paso adelante sin quedar todo asolado, cegando en los escombros toda el agua, hasta dejar esta convertida en tierra firme. Para ponerlo en práctica, ordenó Cortés á todos los señores y jefes de los aliados, hiciesen venir cuantos más labradores pudiesen con sus coas, de lo cual ellos quedaron contentos aprobando que la ciudad quedase destruida. Tres ó cuatro dias pasaron mientras los zapadores vinieron, y ya reunidos se puso mano á la obra de devastacion. (1)

D. Hernando mandó traer víveres de Tlaxcalla; al efecto comisionó á Juan Márquez y Alonso de Ojeda, quienes salieron de noche del real de Alvarado seguidos de sólo veinte indios. Cerca del cuartel de Sandoval tuvieron que esconderse, pues dieron con una partida que venia con vitualla de las montañas y era recibida por los méxica para introducirla en la ciudad. Dando de ello aviso al alguacil mayor, siguieron su camino hasta entrar en Tlaxcalla, á donde les hicieron buen acogimiento. Tornaron trayendo quince mil cargas de maíz, mil de gallinas y trescientas de tasajo de venado; llevaron tambien los bienes de Xicotencatl que estaban secuestrados en nombre del rey y consistían en oro, plumas, chalchihuitl y mucha ropa rica, más treinta mujeres entre hijas, sobrinas y criadas. Dando la república cargadores y guerreros de custodia, el convoy entró con felicidad en Texcoco; aquí fué entregada la vitualla á Pero Sánchez Farfan y á María de Estrada, llevándose lo demas á Coyohuacan. (2)

Ya que acabamos de nombrar á María de Estrada, diremos que de varias mujeres se hace mencion entre los conquistadores. Cuéntase de Isabel Rodríguez, que á los heridos, "les ataba las heridas" y se las santiguaba, diciendo: *En el Nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo, un solo Dios Verdadero, El te cure y*

(1) Cartas de Relac. pág. 279.—Probablemente la determinacion fué tomada el martes diez y seis de Julio? contándose los tres dias siguientes de espera en 17, 18 y viérnes diez y nueve? del repetido Julio.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XII.—Torquemada lib. IV, cap. XCVI.

"sane: Lo cual no hacía más de dos veces, y muchas no más de una; y acontecía, que los que tenían pasados los muslos, iban otro día á pelear." Pónense estos prodigios como argumento de que Dios estaba con los castellanos; para creer, necesitamos la prueba de Santo Tomás. Beatriz de Palacios, mulata, ayudó valientemente en la retirada de la Noche Triste; mujer de Pedro de Escobar, así acudía á preparar los alimentos como á desempeñar las faenas del soldado, haciendo la guardia cuando á Escobar tocaba y estaba cansado. Esta y otras curaron á Cortés en Tlaxcalla y queriéndolas dejar allá al venir á México le respondieron: "Que no era bien que mujeres castellanas dejasen á sus maridos, yendo á la guerra, y que á donde ellos muriesen morirían ellas." Esto mismo respondieron Beatriz Palacios, María de Estrada, Juana Martín é Isabel Rodríguez, mujer de Alonso Valiente. (1) En cierta ocasión en que los castellanos se pusieron en huida, Beatriz Bermúdez de Velasco, mujer de Francisco de Olmos, armada de escaupil, celada, espada y rodela, salió á la calzada gritando: "Vergüenza, vergüenza, castellanos, volved contra gente tan vil, y si no quereis, no pasará hombre de aquí, que no le mate:" avergonzados los fugitivos pararon, hicieron rostro y hubieron victoria. (2)

Reunidos los zapadores, que llegaron á cien mil, dióse la orden para comenzar la destrucción metódica de la ciudad, obrando al mismo tiempo por la tierra y por el agua con los bergantines y las canoas. Oída misa para implorar el favor de Dios, el ejército salió de Xoloc dirigiéndose por la calzada y calle recta de Itztapalapan. (3) Todo el camino recto fué ganado con facilidad, hasta la ancha acequia que cerraba la plaza por este rumbo; llegados ahí, los tenochca hicieron señales de querer paz, y preguntando Cortés por Cuauhtemoc para tratar con él, respondiéronle haber ido á llamarle: así entretuvieron más de una hora, hasta que de improviso comenzaron á disparar flechas, varas y piedras. Tomado el canal, los castellanos penetraron en la plaza, la cual estaba llena de grandes

(1) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XXII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVI.

(2) Herrera, déc. III, lib. II, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVII.

(3) Estas jornadas quedan bien determinadas, porque se relacionan con una fecha fija anotada más adelante por Cortés: siguiendo punto por punto la narración sacamos que aquel día fué Sábado veinte de Julio.

piedras para evitar el paso de la caballería; de las calles principales, una estaba cerrada con piedra seca, la otra escombrada también de grandes piedras. Iban aquel día hasta ciento cincuenta mil aliados, quienes se ocuparon en demoler los edificios, y cegar de tal manera los canales, que los de la ciudad no volvieron á abrirlos: los bergantines y las canoas hicieron también mucho daño, retirándose todos por la noche á descansar al real. (1)

Después de tantos quebrantos sufridos, aquel pueblo indómito peleaba con tanto ó mayor brío, que en los primeros días. "En esta porfía pasaron algunos días, que la guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y tan sangrienta que era espanto de verla, y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arrojaban los unos á los otros, que quitaban la claridad del sol: era tan grande la vocería y grito de los hombres, y mujeres y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de grima: era tan grande la polvareda y ruido en derrocar y quemar casas, y robar lo que en ellas había, y captivar niños y mujeres, que parecía un juicio." (2) La población entera tomaba parte en la defensa de la ciudad; las ancianas arrojaban tierra y cuanto podían desde las azoteas; los niños tiraban piedras y gritaban los denuestos que oían á sus padres; los hombres que no podían combatir por cojos, mancos ó imposibilitados de andar, disponían armas y acopiaban las piedras para las hondas. (3) "Muchas cosas acaecieron en este cerco, que entre otras generaciones estuvieran discantadas ó tenidas en mucho, en especial de las mujeres de Temixtitlan, de quien ninguna mención se ha hecho. E soy certificado que fué cosa maravillosa y para espantar ver la prontitud é constancia que tuvieron en servir á sus maridos, y en curar los heridos, y en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, y en otros oficios para más que mujeres." (4) ¡Pueblo heroico, que ha sido despreciado á pretexto de ser bárbaro!

Al día siguiente (5) se hizo la entrada por el mismo orden. Pe-

(1) Cartas de Relac. pág. 279.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVIII.

(3) Herrera, déc. III, lib. II, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVII.

(4) Oviedo, Hist. gen. lib. XXXIII, cap. XLVIII.

(5) Domingo veintuno de Julio?

netrando en la plaza y tomado el atrio y templo mayor, mientras los gastadores quemaban, destruían y robaban, cegando los canales y emparejando el piso, algunas partidas de castellanos y aliados peleaban defendiendo á los trabajadores, entrando por las calles y encrucijadas que podían: la caballería cubría la retaguardia. D. Hernando, subido en lo alto del teocalli miraba á sus piés cuanto pasaba, dando desde ahí sus órdenes cuando era menester, pues durante la refriega unas veces ciaban los aliados y otras los méxica. La figura del conquistador, destacada sobre la pirámide, parecía fatídica á los indios; las plantas del jefe blanco hollaban la santa morada de los dioses. Como de costumbre, al retirarse los castellanos al real era cuando cargaban los azteca con mayor furia, los blancos al retraerse echaban por delante á los amigos, los seguían los peones unidos en buena ordenanza, cerrando la marcha la caballería. Aquella tarde los tenochca pusieron una emboscada en la cual cayeron los jinetes, teniendo que retirarse desbaratados, con dos caballos heridos. (1)

En aquellas entradas pasaban cosas dignas de nota, actos de valor y fuerza, desafíos y combates. Rodrigo de Castañeda llevaba un plumaje como los indios y sabía hablar en mexicano; acercábase á los contrarios, decíales chanzas y chistes, y cuando más descuidados estaban les disparaba la ballesta sin errar tiro: llamábanle los méxica Xicotencatl *Cuicone*, y le gritaban "Bellaco, burlador, que los mataba con burlas y no como valeroso, sin engaño, ni traicion." Tenían en mucho á Cristóbal de Olid por valiente y le llamaban por su nombre: preguntáronle una vez si quería comer, respondió que sí, y un guerrero le dió tortillas y capulines; las tomó y dió á un criado suyo, el cual haciendo primero que las comía, se paró luego, volvió la espalda y encorvó el cuerpo en señal de desprecio: á semejante descortesía siguió una buena guazavara. Al pasar una puente Cristóbal Corral, llevando la bandera en la mano, cayó en poder de los enemigos; defendióse con el puñal, dió un salto poderoso y se salvó: los tenochca sintieron más perder la bandera que el cautivo, pues se imaginaban que con ello desmayarían los españoles, como ellos en el caso desmayaban. En una de aquellas embestidas D. Hernando estuvo á punto de perecer otra vez, pues si no

(1) Cartas de Relac. pág. 280—81.

le hubieran socorrido Cristóbal de Olid y Martín de Gamboa, más de cien indios le tenían ya cercado. Algun guerrero tenochca, armado con espada y rodela de las quitadas á los blancos, pedía combatir contra los castellanos, aunque fuera contra muchos; pero eran fácilmente vencidos, porque ignoraban la manera de dar y reparar las estocadas. (1)

El día inmediato (2) llegó al real Gonzalo de Sandoval, trayendo quince de á caballo, que con los veinte y cinco que había en Xoloc hicieron la suma de cuarenta. El intento del general era echar una celada, para vengarse de la derrota de la caballería en la jornada anterior. Envió temprano á castellanos y aliados con diez jinetes, para que siguieran peleando y derrocando; á la una de la tarde con los otros treinta caballos se metió en la ciudad, ocultando la gente en unas grandes casas cercanas á la plaza. Subióse sobre el teocalli para ser visto de lejos; entonces unos españoles abrieron un sepulcro, encontrando joyas por valor de más de mil quinientos castellanos: debió de ser la tumba de alguno de los emperadores de México. A la hora de retraer bajóse y se metió con la emboscada. Como siempre, pasaron primero los aliados, seguían los peones é iba al último la caballería; ésta se defendía flojamente, de manera que, pensando los méxica que llevaban victoria, acometían confiados hasta llegar á las ancas de los caballos. De improviso, al soltar una escopeta, que era la señal convenida, y al grito de Santiago, salieron los jinetes dando sobre los enemigos en la plaza, la cual, cegados los fosos y llana se prestaba para los movimientos; "y vamos por la plaza adelante alanceando, y derrocando, y atajando muchos, que por nuestros amigos, que nos seguían, eran tomados; de manera que de esta celada se mataron más de quinientos, todos los más principales, y esforzados, y valientes hombres: y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer." (3) Cerca de anochecer enviaron algunos esclavos á ver si los españoles eran ídos; descubiertos por diez ó doce de á caballo, fueron perseguidos y ninguno escapó. Estas pérdidas sirvieron de tanto

(1) Herrera, dée. III. lib. II, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVII.

(2) Lunes veinte y dos de de Julio.

(3) Cartas de Relac. pág. 283.